



ARZOBISPADO DE VALENCIA
 Vic. de Evangelización y Transmisión de la Fe
 SECRETARIADO DIOCESANO DE ESPIRITUALIDAD
 C/ Avellanas, 12 · Tel. 96 315 82 09 · 46003 Valencia

Valencia, 23 de octubre de 2018

LA VIRGEN MARÍA EN LA VIDA Y SERMONES DE SAN VICENTE FERRER

Alfonso Esponera Cerdán op
 Centro de Estudios sobre San Vicente Ferrer. Valencia

De todos es conocida la amplia y compleja vida y actividad de San Vicente Ferrer (Valencia, 1350-Vannes, 1419). De sus múltiples aspectos, uno bastante poco estudiado y conocido es su devoción a la Virgen María, puesta de manifiesto en la mucha piedad y en la mucha doctrina sobre ella que recogen sus sermones¹.

1. La Virgen María en la vida del Maestro Vicente Ferrer

La *Aparición de la Virgen a San Vicente Ferrer en su celda*, del pintor italiano Colantonio puede fecharse hacia 1460 y forma parte de un bello ciclo de nueve momentos de la vida y milagros *postmortem* del Santo que rodean su imagen central en el retablo dedicado a él².

En él se ve la celda del Santo, miembro de una Orden estrechamente vinculada desde sus orígenes a la devoción a la Virgen María (rezo diario de la *Salve Regina*, invocación a esta Madre de la Misericordia, etc.). Una sencilla y austera arquitectura enmarca la escena. A la izquierda, el Santo arrodillado –probablemente después de un amplio momento de estudio y reflexión preparando una próxima intervención pública- en actitud de devotísima oración ante la Virgen María con el divino Niño, que aparecen en el Cielo a través de la pequeña ventana que ilumina toda la habitación. Es una hermosa presentación de la vida del Santo poco usual en su iconografía tanto por su tema -una aparición de la Virgen- como por su ambientación -su celda-, si bien sus biógrafos recogen tales apariciones.

Teixidor en su biografía del valenciano escrita en torno a 1775 habla de alguna de tales apariciones. A la primera de ellas alude uno de los medallones del techo de la actual Capilla de San Vicente Ferrer del antiguo Convento de Predicadores de Valencia, pintado por José Vergara hacia 1781. Se le ve postrado de hinojos y de perfil, con un libro abierto y una calavera a los pies en el momento en que recibe la sobrenatural visión, en tanto un falso ermitaño desiste de sus perversos propósitos para disuadirle de su vocación apostólica. hecho que describe el citado historiador en estos términos³: "[Una noche después de Maitines,] orando delante de un altar de María Santísima, se le apareció el Demonio en forma de uno de los antiguos Padres del hiermo, con su barba hasta la cintura, i le dijo: 'No estrañes fray Vicente te visite, que el afecto que te tengo i la lástima que me da tu porte tan austero, me obliga a venir del Cielo i darte luz del verdadero camino. Yo soi uno de los célebres Monges de Egipto, que poblaron sus soledades: en mi mocedad fuí dissoluto, dí a la sensualidad quanto apeteció. Después temiendo una muerte arrebatada e improvisa, traté de mudar de vida retirándome al desierto. Y como avía saciado el deseo, quedé enfadado de los deleytes caducos i ayudando Dios, emprendí i proseguí felizmente la penitente vida de los an[a]coretas i alcancé del

Señor quanto quise. En vista de esto te aconsejo que, si deseas llegar a la perfección i hacer en tu senectud una vida santa, no te aflijas aora en la flor de tu edad con tanta mortificación. Nadie tarde o temprano deja de incurrir en algunas liviandades: i éstas más vale te acontezcan en la juventud, que en la vejez'. Oiendo el Santo consejo tan infernal, fácilmente conoció al fingido hermitaño. Armóse con la señal de la Cruz i con los nombres de Jesús i de María, i le dijo: 'Dios es i será mi amparo en la mocedad i en la senectud, i a Él tengo consagrada mi vida por entero. Tú desfalleciste en el principio, cerrando con obstinación la puerta de tu voluntad a la luz divina que en tí rayava en el primer instante de tu creación, despeñándote tu soberbia a las tinieblas eternas'. Viéndose descubierto el Demonio, se huyó confuso dando pavorosos aullidos, sentido de verse tan promptamente vencido de nuestro santo joven. Añade Ranzano que el mismo Santo reveló este caso a algunos religiosos, rogándoles por Dios i con rigurosos preceptos prohibió, que a nadie lo digessen; pero ellos juzgando ser indigno que hecho tan memorable se sepultara en el olvido, le divulgaron por toda la ciudad".

Vergara, además de lograr una composición de gran corrección formal, ha sabido subrayar el poder profiláctico de la Virgen con un expresivo gesto de su mano ante el que se rinde el taimado impostor, así como la expresión de arrobamiento y rendida acción de gracias mostrada por el santo.

Teixidor unos párrafos más adelante añade ⁴ que estando "una noche a cosa de las diez, recogido el santo en su celda, leyendo el libro que contra Elvidio compuso San Gerónimo sobre la perpetua virginidad de María Santísima, se enardeció en el amor de la virginal pureza i con fervorosas súplicas empezó a rogar a la Reina de las Vírgenes le alcanzasse de su hijo la perseverancia en esse grado de limpieza. Pero estando en lo más ferviente de su oración, oyó una voz que le dijo: 'No es de todos essa gracia de conservar la virginal pureza, i tú la perderás mui presto'. Afligióse el Santo; pero insistiendo en suplicar a María Santísima que no le desamparasse, le pidió con lágrimas le declarasse de quién avía sido aquella infausta voz. Acudió veloz en su alivio la que es Madre de Consuelo i assistida de Ángeles le visitó en la celda, llenándola de luces celestiales i de fragancia del Paraíso; i mirándole con afecto materno i apacible semblante, le dijo: 'No temas hijo las azechanzas del Demonio, cuya ha sido essa voz, con que ha querido consternar tu ánimo i desmayarte en la sequela de la virtud. Confía, que Dios será tu escudo i defensa. Yo te assistiré de modo que salgas siempre victorioso en las tentaciones'. Retiróse con esto de los ojos de Vicente la Reina de los Serafines, dejándole con tan depurados afectos, que más que hombre parecía ángel". Por otra parte informa lo que había en la denominada y hoy desaparecida *Celda de San Vicente*.

Pero cuantos datos puedan recogerse de sus biógrafos, quedarían eclipsados por el resplandor mariano irradiante de las propias palabras del Santo.

2. La Virgen María en los sermones vicentinos

Como ya se ha indicado, es un tema bastante poco estudiado y conocido. Pero San Vicente no se propuso dar unas clases que abarcaran toda la teología de la Virgen y por eso se puede afirmar que ofrece una mariología "incompleta" por necesidad. Iba exponiendo privilegios y gracias de María, según se prestaba la oportunidad. Además, siendo predicador popular, no le interesaba proponer a sus oyentes cuestiones de Escuelas teológicas en términos técnicos, sino mover a devoción.

Por otra parte, su mariología es la de su época, en la que no se habían establecido y desarrollado todavía algunos de los grandes principios de los que se deriva la teología mariana, pero en la que se admiraba y quería a la Madre de Dios y de los hombres. Estamos ante un "mariólogo práctico", que no pretendía ser un tratadista, sino un predicador de la Virgen, para el que tenía todo el cúmulo de gracias exigidas para la digna realización de sus funciones de Madre de Dios y de los hombres.

2.1. La Mariología del Maestro Vicente Ferrer

Su visión, de clara inspiración tomista, se basó en la Sagrada Escritura, tal como era entendida por los teólogos de aquel tiempo y por él⁵. Y como se verá, el pensamiento mariológico del Santo se moverá con todos ellos.

Sus dos grandes principios mariológicos fueron⁶:

A) *La maternidad divina*: ella es la raíz última de todos los privilegios marianos⁷. Por ella ostenta una plenitud de gracia que la previene del pecado original, que la conserva Virgen siendo madre, que redonda en todos los redimidos y que conserva su cuerpo de la corrupción del sepulcro, haciéndola subir gloriosa en cuerpo y alma a los Cielos. Y es que está llena de gracia por razón de la unión y proximidad al principio fontal de toda gracia y santidad: Jesucristo⁸.

Esta santificación por razón de su maternidad divina, es de tal modo plena y absoluta, que el Maestro Vicente la compara con el caudal del río frente a unas gotas de agua. El caudal impetuoso es propio de la Virgen; las gotas de agua son propias de los santos⁹.

B) *La asociación de María con Cristo*: Adán y Eva, causantes de todo el mal que padece la naturaleza humana, tuvieron revelación de que un nuevo Adán, procedente de una nueva Eva, repararía la desgracia que ellos causaron a su descendencia: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer. Y entre tu linaje y el suyo. Este te aplastará la cabeza y tú le morderás a él el calcañal" (Gn 3,15). La cabeza del diablo -anota San Vicente- es la dominación tiránica que ejercía en este inundo; este dominio tiránico se lo quitó la Virgen María por su Hijo bendito¹⁰. Adán y Eva concibieron en su mente la esperanza de una Virgen por la que sería redimida la humana naturaleza¹¹. Para él, el Proto-evangelio que se acaba de citar, tiene un sentido tradicional y escriturario mariano.

Con harta frecuencia compara y contrapone a las dos mujeres: Eva, como causa de la muerte, y María, como causa de la vida. Eva, actriz del pecado y María, actriz de la gracia. Eva por estar asociada a Adán y María, por estar asociada a Cristo...¹². Este paralelismo lo reafirma en diez razones que da para probar la predestinación eterna de la Virgen, siempre contrapuesta a Eva¹³.

Pero la asociación de María con Cristo y el paralelismo con Eva no es meramente casual o metafórica, sino que tiene una razón providencial de pecado y de redención. Es una razón de eficiencia redentora. El paralelismo puede urgirse del modo siguiente: así como por instigación y cooperación de Eva cometió Adán el primer pecado, del mismo modo, por instigación y cooperación de María (Madre del segundo Adán, segunda Eva), el segundo hombre nos redimió del pecado y nos dio vida¹⁴.

Y esto no sólo en la asociación remota de la maternidad divina, sino también en el acto propio de la Redención, en la Pasión y muerte de Cristo, la Virgen está asociada a la obra máxima de su Hijo sobre la tierra, no como mera espectadora, sino con una participación eficiente en la Pasión.

Hablando el Santo de las obras de vida activa, que encarna la Marta del Evangelio, señala la tercera en aquellas palabras del Maestro, que son un suave reproche para la hacendosa: "Marta, Marta, te preocupas y turbas por muchas cosas" (Lc 10,41). Literalmente -dice- estas palabras se refieren a que Marta estaba preocupada por servir al Maestro, le parecía que todos los de la casa no eran bastantes para servir a tan gran Señor. Pero alegóricamente se aplican a la Virgen María: Marta quiere decir «Señora» y la Virgen es la Señora por excelencia; y así como Marta fue solícita en servir a Cristo, así también esta Marta, la Virgen, fue solícita en todo lo referente a la Pasión de Cristo¹⁵.

2.2. La devoción mariana del Santo

2.2.1. El Maestro Vicente Ferrer y su devoción a la Virgen María

Parecería ser que usó un precursor del Rosario: un contador de oraciones¹⁶. Pero sus sermones muestran que evidentemente no lo conocía completo, el de decenas y glorias como lo rezamos ahora sistematizado siglos después. Así por ejemplo dice que en los *Milagros de la Virgen María* se cuenta que había un devoto mercader que decía algunas Ave Marías por la mañana, antes de ocuparse en negocios temporales y que eran doce en reverencia a las doce gracias que Dios había hecho a la Virgen María, según las doce partes que tiene el cuerpo¹⁷.

Por otra parte, en cuanto a ese rezo de un conjunto de *Aves Marías*, en un sermón afirma que si se hace bien esta oración, es una yerba aromática y adorante, que guarda a la criatura de los peligros espirituales y temporales¹⁸.

2.2.2. En la introducción de todos sus sermones¹⁹

El Maestro Vicente Ferrer empezaba siempre sus sermones enunciando el *thema* que iba a explicar, seguía luego el esquema de su intervención y, a continuación el saludo a la Virgen María con el *Avemaría* en su primera parte, como se rezaba en aquel entonces.

Se dice que fue el Santo quien inició esta costumbre. Sea o no sea exacto, el hecho es que en él era lo habitual y si alguna vez no lo hace se ve como obligado a dar la explicación. Así, por ejemplo, en el sermón del Viernes de Pasión sobre la Pasión del Señor.

Todo esto muestra que tenía un espíritu eminentemente mariano y que su quehacer quería que estuviera siempre presidido por María. Y en ocasiones él mismo manifiesta que este rezo del *Ave María* es algo más que una simple manifestación de piedad hacia ella, porque lo dirige también para, con su ayuda, poder él explicar bien un tema que le parece difícil y misterioso y para que, una vez explicado, lo entiendan debidamente los oyentes²⁰ y sea bien cumplido²¹.

Ello muestra su acendrada piedad hacia la Virgen y la confianza que en ella tenía para que sus palabras fueran bien entendidas y sus enseñanzas practicadas. Se trata, pues, de sentimientos de piedad, de veneración y de confianza en el auxilio y en la ayuda de María. Ella era para el valenciano la Señora a quien como predicador veneraba y el estribo y la apoyatura que buscaba para que su predicación fuera eficaz.

2.2.3. *Sus "escapadas" marianas*

Sus "escapadas" marianas, denominadas así por Emilio Sauras, son breves digresiones relacionadas con la Virgen en ocasiones con razón y en otras sin razón aparente; pero siempre, al dictado de su piedad mariana²². Estas digresiones son como un suspiro del corazón, como un presente que ofrece a la Señora, como un desahogo de su piedad encarnado en un recuerdo, en una aplicación o en una analogía que tienen a ella por sujeto. San Vicente es como el enamorado que, oportuna o importunamente, hace escapadas para encontrarse con la persona que ama y poder mirarla o decirle aunque sólo sea una palabra.

De una entidad teológica mayor son las intervenciones personales de María que introduce en sermones no dedicados a ella. San Vicente como gran "comunicador" (según se dice hoy) que era, utilizaba multitud de recursos para transmitir el Mensaje evangélico. Era hombre de mucha viveza y de mucha imaginación. Y así da una gran vitalidad a pasajes relatados escuetamente en el Nuevo Testamento como: la Anunciación en la que María precisamente se estaba preguntando sobre el cumplimiento de la profecía de Isaías -7,14 que estaba leyendo en ese momento²³; el aviso dado a San José de que su esposa había concebido del Espíritu Santo; la presentación de María y el niño en el Templo. O para presentar escenas que la Escritura no cuenta, como los encuentros y los diálogos entre María y los Apóstoles, o entre ella y la Magdalena desde la noche del Viernes Santo hasta la madrugada de la Resurrección ya presentados en este libro en anteriores capítulos; y entre estas mismas personas y ella durante el retiro del cenáculo en impaciente espera de la venida del Espíritu Santo. La vida que da a estas escenas es bellísima. Los detalles que aparecen, tanto referentes a los hechos mismos como a las palabras que pone en boca de los que intervienen, son de un humanismo encantador. Quizá se tienda a olvidar que la Virgen era una mujer. San Vicente en estas escenas la presenta como una madre llena de encanto y de ternura en las alegrías y en los cuidados que proporcionaba al Hijo; llena de dolor aceptado y sufrido valientemente en los momentos de prueba; singular ayuda y sostén para los discípulos, desorientados después de la Pasión, siendo ella la única que espera la Resurrección de su hijo, o un poco cansados de esperar la venida del Espíritu durante los diez días de reclusión en el Cenáculo. La función que María desempeña en estas escenas es importante.

Es un ejemplo significativo de lo que se está indicando el amplio diálogo entre ella y Dios Padre a propósito de la necesidad de la muerte de Jesucristo para la Redención que trae en un sermón del Viernes de Pasión, teniendo además después otras importantes presencias. Sin embargo en el del Viernes Santo, predicado en Toulouse de 1416, la Virgen María es presentada como una madre orgullosa y fiel a su hijo, predicador de renombre; que tiene sirvientes y conmemora todos los viernes, pues fue un viernes cuando tuvo lugar la Anunciación; ella invita a comer y se preocupa del lugar de los invitados; sabe coser y lee la Biblia; recibe cartas de su sobrino San Juan con las noticias sobre su hijo; toma parte al comienzo de la Última Cena; no se abandona a un desordenado dolor; y en el último suspiro de su hijo, antes de lamentarse, se pone ropa de luto, etc. Tiene palabras y actitudes de mujer y madre muy normales.

3. Enseñanzas mariológicas en algunos sermones

Se van a utilizar una veintena de sermones²⁴, algunos de los cuales son en fiestas marianas por excelencia en aquel entonces: su Concepción, su Natividad, la Encarnación (hoy la celebramos como la *Anunciación*)²⁵, su Expectación, su Purificación (hoy *Presentación*)²⁶ y su Asunción.

También hay que advertir que en pos de una mayor claridad se van a exponer en una clasificación sistemática de la Mariología tradicional, unos contenidos que el Maestro Vicente Ferrer va desgranando en diversos sermones pronunciados en muy diversos momentos.

3.1.- La maternidad divina de María²⁷

El Santo expone este tema fundamentalmente con metáforas muy expresivas, como son por ejemplo estas cuatro: la esclavina del peregrino; el cristal cromado; el vellón de lana y la tierra fecunda; y el pergamino escrito.

a) *La esclavina del peregrino*. Comentando el pasaje de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35), afirma que Cristo es el peregrino, pues vistió como los peregrinos, caminó por caminos parecidos a los suyos, se hospedó en hostales, sorteó peligros y llevó insignias parecidas a las de los peregrinos. Justifica cada uno de estos aspectos haciendo comparaciones ingeniosas entre lo que significan y la analogía que tienen con determinados detalles de la vida del Señor. Interesa el detalle del vestido²⁸.

El peregrino tiene una manera característica de vestir. El Señor se dice peregrino por la esclavina que vistió. Esta prenda -especie de capa exterior desde el cuello- cubre el cuerpo del peregrino y la carne que le dio María cubrió la divinidad del Verbo. Esta esclavina fue purísima en su principio, como formada de la purísima sangre de la Virgen, limpia de todo pecado. Por eso dice el Señor de sí mismo en el Apocalipsis (3,5) y de cuantos visten esclavinas o cuerpos puros: caminarán conmigo vestidos de blanco porque son puros. Esta esclavina que Cristo recibió de María cambió de color a lo largo de su existencia. Y así, en la cruz se hizo roja, porque fue bañada en su sangre. Luego, al morir, se hizo negra, porque el Sol, que es Cristo, tomó el color de saco hecho de pelo de cabra cuando el cordero abría el sexto sello, según se lee en el Apocalipsis (6,12).

Así pues, la explicación del misterio de la Encarnación está sustancialmente unida a la maternidad divina de María. Ella engendró la humanidad con la que el Verbo se revistió; humanidad sujeta durante la vida a muchas mudanzas. Es, pues, madre del Verbo encarnado. Y quien la fecundó para hacer efectiva esta maternidad fue por atribución, el Espíritu Santo; y de hecho, toda la Trinidad. Recoge en esto la doctrina de Santo Tomás (cf. ST III 3,4).

b) *El cristal cromado*. En esta metáfora, que es muy compleja, no sólo la refiere a la maternidad divina de María, sino también a las tres personas trinitarias, que fueron el principio fecundador de su maternidad²⁹.

Juegan en esta exposición cuatro elementos. Tres divinos: el Sol, que es el Padre; el calor procedente del Sol, que es el Espíritu Santo, y el rayo, procedente asimismo del Sol, que es el Verbo. Y uno humano: María, que es el cristal en el que actúan los tres. Pero para que la comparación sirva al caso, el cristal es cromado. El Sol, el calor y el rayo actúan sobre el cristal cromado. En María, que es este cristal, actúan las tres personas de la Trinidad, aunque la intervención se atribuya por apropiación sólo al Espíritu Santo. El único de los tres que traspasa el cristal tomando de él su color es el rayo. En este caso, el Verbo, quien, utilizando términos escolásticos, se dice que intervino *activamente*, junto con el Padre y con el Espíritu, en la asunción de la naturaleza humana, pero sólo Él se quedó tomando y apropiándose lo que era propio del cristal, el color, con una intervención que se llama *terminativa*. En otras palabras. Él solo, y no los otros, se quedó con nuestra naturaleza, donada por María y significada por el color del cristal. Color del que no participan ni el Sol ni el calor, pero sí el rayo que lo atraviesa. La Virgen, que es el cristal, da al Verbo, que es el rayo, la naturaleza humana; y con ello resulta que se ha convertido en madre del Verbo encarnado.

Pero hay aquí un detalle más que conviene tener en cuenta, porque enriquece el concepto de la divina maternidad. Es cierto que el rayo toma el color del cristal y que el Verbo toma la naturaleza humana de María. Pero es cierto también, que el cristal cromado se embellece cuando lo atraviesa el rayo de luz. Su color cobra vida y diríase que se perfecciona. Así sucedió en este caso, porque

cuando el Verbo tomó carne en las entrañas de Santa María, quedó ella sobrenaturalmente embellecida con la gracia de la divina maternidad. Esta no es solamente una maternidad física, biológica y material, que dejaría a la madre en su estado natural. En ella va implicada una perfección sobrenatural, una gracia que la eleva, convirtiéndola en divina.

c) *El vellón y la tierra fecunda.* Hace San Vicente ³⁰ una glosa de los textos de los Salmos (cf. Sal 72,6) de que bajará el rocío sobre el vellón y la lluvia sobre la tierra; y Ageo añade, conmoveré la tierra, el cielo y el mar, y vendrá el deseado de las naciones (cf. Ag 2,7). Este rocío que cala y penetra secreta y silenciosamente en el vellón de lana y la conmoción del cielo, de la tierra y del mar en la venida del Salvador, le dan pie para afirmar la fecundidad divina de María y algunas circunstancias que rodearon el proceso de su maternidad. Y así expone con sencillez y claridad los misterios de la Encarnación silenciosa, del nacimiento acaecido en medio de una conmoción universal y de la fecundidad divina de María en la que el Verbo se encarnó siendo fruto benéfico para nosotros.

d) *El pergamino escrito.* Es la metáfora de la página, en la que el Padre escribió su palabra eterna. Esta página es María. Está predicando sobre el pasaje evangélico de la mujer adúltera (cf. Jn 8,1-11) y sobre las muchas enseñanzas que se desprenden del hecho y de las palabras que el Señor dirigió los acusadores³¹. Pero hay un detalle: Jesús escribía en tierra. Al Santo le viene a la mente que Jesús es la palabra del Padre, que la palabra se escribe y que el libro o la página en la que el Padre la escribió es María. Y aprovecha la oportunidad para hablar de la divina maternidad de la Señora.

Partiendo del hecho de que el Hijo, al proceder del Padre por vía de entendimiento, tiene razón y ser de palabra mental, y de que San Juan dice en el prólogo del Evangelio que Jesús es precisamente Palabra (cf. Jn 1,1-2), le parece normal que a la Virgen, que es su madre, se la llame página o libro en el que el Padre escribió su Verbo. Sin embargo esta metáfora, aunque muy bella, expresa la maternidad con menos exactitud que las tres anteriores³².

e) *Otras afirmaciones.* Así afirma que la Virgen María concibió al Hijo de Dios el veinticinco de marzo, en viernes. La razón es -dirigiéndose a los judíos- que el primer hombre, Adán, fue creado por Dios en viernes de la tierra virgen porque todavía no había dado frutos. Y por eso quiso Dios que, como vino la perdición por el hombre creado el viernes de la tierra virgen, así viniese la salvación por el hombre concebido en viernes por la Virgen. Y un poco después señala que si tuvo madre el hombre-Dios, hubo concepción. Cristo fue del linaje del rey David porque de él fue su madre Santa María³³.

En este mismo sermón dice que si se cuenta desde el día en que concibió, esto es el 25 de marzo, hasta el 19 de diciembre, dando a cada mes treinta días, resultarán nueve meses. Y así el día 18 de diciembre, ella esperaba con gran alegría tal día como mañana preparando sabanitas, miel y manteca y lo necesario para eso, pero no quiso que naciera en el noveno mes sino en el décimo pues recibió seis días del otro mes³⁴.

3.2. La santificación de la Virgen María ³⁵

Algunos autores sitúan el origen del culto a la Inmaculada Concepción de la Virgen María en un periodo impreciso de la transición de la Antigüedad al Medievo en Inglaterra y Francia, puesto que desde aquellos Reinos se extendió a partir del siglo XI. Pero otros señalan que fue en el Mediterráneo oriental, de donde fue llevada la celebración a Italia por monjes huidos de las persecuciones de Bizancio doscientos años atrás. En cualquiera de los casos, durante un tiempo posterior esta devoción estuvo aceptada por distintas comunidades cristianas sin que surgieran problemas al no existir todavía una doctrina firme al respecto y ser meras opiniones teológicas.

Velando por la ortodoxia de la fe, hubo teólogos que insistieron en la inevitable mácula del nacimiento de María, no obstante subsanada mediante la santificación a través de la gracia divina. Aunque otros sostenían que de ningún modo Cristo podía haber nacido de un cuerpo afectado por el pecado original. La controversia entre los partidarios de un sentir y los del otro, cobró forma a mediados del siglo XII cuando los canónigos de Lyon establecieron la festividad de la Purísima Concepción el día 8 de diciembre. San Bernardo de Claraval (+1153), reconocido devoto de la Virgen María, arremetió duramente contra lo que consideraba una leyenda sin fundamento alguno. El

extraordinario predicamento del Santo dio vigor al "maculismo". De hecho, a su lado se fueron colocando, con diferentes y notables matices, grandes maestros de la Teología Escolástica tales como el dominico San Alberto Magno, el franciscano San Buenaventura y sobre todo Santo Tomás de Aquino, quien, siguiendo a Pedro Lombardo, aceptó que María había sido santificada *in útero*, lo que comportaba su carencia de pecado al nacer, pero no al ser concebida. Esta opinión doctrinal, que absolvía, pero no libraba, a la Madre de Dios de la mácula original, se hizo común desde entonces en buena parte de su Orden de Predicadores.

En el campo contrario estaban los seguidores del franciscano Juan Duns Scoto, quien en su célebre intervención en la Universidad de París en 1307 asumió la defensa del "inmaculismo", afirmando que María había sido preservada del pecado original desde el mismo instante de su concepción. Por medio de sutilísimas argumentaciones, trató de demostrar que este misterio, lejos de contradecir ninguna de las verdades de la fe, acrecentaba la dignidad del Redentor, por cuanto redimió a su Madre tan perfectamente que ésta ni siquiera participó de la mancha original aunque fuera acreedora de ella por su naturaleza humana. Esta opinión, que libraba a la Virgen de la mácula original, se hizo común en la Orden franciscana, a la que a mediados del Quinientos se sumaría la Compañía de Jesús, los jesuitas.

Ya en 1894 Fages presentó la enseñanza inmaculista de San Vicente Ferrer siguiendo el sermón *In Festo Conceptionis B. Virginis Mariae*, que predicó en la ciudad de Yllescas el 8 de diciembre de 1411³⁶. Como puede verse, fue en la fiesta de la concepción de la Virgen María y no de la limpia y pura Concepción de ella misma, dogma de su Inmaculada Concepción que fue declarado en 1854 y que no es del todo lo mismo. Como puede observarse, fue en la fiesta en aquel tiempo denominada de la Concepción de María por su madre Santa Ana. Santo Tomás había afirmado (III q. 27 a. 2 ad 3) que no se celebraba propiamente la fiesta de la Santificación de María, porque no sabiéndose a ciencia cierta el momento de dicha Santificación -siempre después de su animación (o unión del alma con el cuerpo)-, se celebra el día de su Concepción. Y según apunta el dominico valenciano, el mero hecho de celebrarse la Concepción ya dice mucho de su Santificación en el mismo momento de ser concebida, pues la Iglesia sólo celebra fiesta en la muerte de los santos y en la natividad de algunos, pero nunca de su concepción.

San Vicente, siguiendo a Tomás de Aquino, admite la santificación de la Virgen *post animationem*, o sea una vez que el cuerpo es materia apta para recibir su forma (el alma humana), y ésta ha sido infundida en él. Pero esta santificación, preservadora del pecado original, es peculiar de María. El Maestro Vicente, habla de los diversos momentos de santificación y señala que son gracias a: la contrición final; la conversión y penitencia; al bautismo; en el vientre (la de Jeremías, cf. Jr 1,5); y el exclusivo de Juan el Bautista (cf. Lc 1,44). Y añade que hay un sexto momento superior a los otros, que es la de Santificación de la Virgen María que fue el mismo día y hora en que fue formado su cuerpo y creada su alma. Y así dice que no esperó Dios nueve meses, ni siquiera uno, ni una semana, sino que creemos que el mismo día y hora fue santificada sobre todos los santos y santas. Y en otro sermón añade que sólo excepto dos -esto es: Jesus Cristo y la Virgen María- ningún otro ser humano puede excusarse de morir, o de caer en algún pecado. Y es que fue santificada en ese momento porque entonces fue racional y capaz de santificación³⁷.

No habla ni una sola vez de que la Virgen María fue preservada inmune del pecado original, pero tampoco lo niega. Habla solo de una santificación superior y tampoco dice que el objeto de esta santificación fue quitarle el pecado original. Ni una sola vez nombra el pecado original en relación con la Virgen María, ni en pro ni en contra. No vale argüir diciendo que si la santificó es porque tenía pecado, pues sabido es que la gracia tiene de suyo una misión más alta que la simplemente sanante del pecado, misión que es elevante o preveniente, es hacer santos, divinizar. Cristo no tuvo pecado original (es de fe y siempre lo ha sido) y, sin embargo, su humanidad fue santificada al contacto del Verbo en el primer instante de su ser natural³⁸.

Por otra parte, García Miralles señala que Juan Monzó, rabioso maculatista y dominico del Convento de Predicadores de Valencia, era Lector de la Seo en esta ciudad por 1385³⁹. Vicente Ferrer le sucedió en dicha cátedra de 1385 hasta 1390, pues debía regentarla un dominico por expresa voluntad de su fundador, el Obispo Raymundo Gastón. Monzó esgrimió durante sus años de

profesorado en Valencia los argumentos más agudos en contra de la Inmaculada, como lo haría después en París. El caso es que a partir de la toma de posesión de la señalada cátedra por Vicente Ferrer, la Provincia dominicana de la Corona de Aragón, en especial la parte de Valencia y su Reino, se convirtieron en abiertos defensores inmaculistas. No se puede dar al respecto una comprobación documental directa por la que conste que esta posición partió del Maestro Vicente. Pero el hecho histórico de que exista un cambio tan brusco en el pensamiento colectivo de los dominicos de Valencia es probable que se deba a la actitud tomada por él dado el prestigio moral e intelectual de que gozaba entre sus hermanos de Orden. Lo que ocurrirá unos siglos después, es otro asunto⁴⁰.

En conclusión. Para Vicente Ferrer de acuerdo a sus expresiones directas, claras, sin metáforas, así como a sus principios teológicos aplicados a la Madre de Dios no ofrece duda la denominada posteriormente "Inmaculada Concepción" de la Virgen María.

3.3. La perpetua virginidad de María⁴¹

Saliendo al paso de curiosidades malsanas, el Maestro Vicente hace esta breve entrada advirtiendo que va a tratar de una materia devota: de la Virgen encinta⁴². Habla de dos aspectos:

A) *La virginidad en la concepción de Cristo*. La trata comentando el pasaje evangélico: "María estaba desposada con José, y antes de vivir juntos resultó que había concebido del Espíritu Santo" (Mt 1,18). Por tres caminos se dio cuenta San José de que su mujer estaba encinta.

Expone minuciosamente las dudas del Santo Patriarca. Por una parte eran evidentes los signos de la maternidad. Por otra, sabía lo buena que era María y no cabía en él pensar nada malo de ella. Se explaya describiendo las características de la mujer liviana, pero a María su conducta la colocaba en los antípodas de esa descripción. Pensad -dice el valenciano-, cuál sería la admiración de San José, siendo así que él no la había tocado, y que incluso nada más contraer matrimonio había sido inducido por ella, como dicen algunos santos doctores, a hacer juntos el voto de virginidad⁴³. Por todo esto sensiblemente constatado, llegaba el Santo Patriarca a la conclusión de que en su mujer había algo humanamente inexplicable. Y este algo se lo dio a conocer Dios mediante una revelación⁴⁴.

Y al camino de esta constatación experimental y de esta revelación divina, se añadió el tercero, que era la singularidad que había en María, singularidad que abonaba la persuasión de que lo que estaba sucediendo era cosa de Dios. Es que según el valenciano, en general las mujeres encinta están macilentas y descoloridas; son tediosas y antojadizas. Y en la Virgen no sucedía esto. Antes bien, desde que fue fecundada, y más aún cuando se acercaba el tiempo de dar a luz, dicen algunos santos doctores que de su cara salía cierto resplandor. Y esto es verosímil por razones de filosofía, de teología y de experiencia. De filosofía, porque el agente natural que da una forma da también los accidentes que siguen a la forma. Dios Padre dio a María a su Hijo, de quien San Pablo dice en la carta a los filipenses que tenía "forma de Dios" (Flp 2,6). No es extraño, pues, que apareciera en ella el esplendor que de esta forma procedía. La teología concluye lo mismo, porque, si Moisés tenía un rostro resplandeciente después de oír la palabra de Dios, con más razón lo tendría la Virgen después de concebirlo. Y lo mismo se puede probar por la experiencia, porque, si en una linterna de cristal limpio y hermoso se introduce una luz, parece más hermosa aún. Así sucedió en María⁴⁵.

Además aplica a la Virgen el conocido vaticinio de Isaías (7,14): "He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y éste se llamará Dios con nosotros". Señala que los judíos afirman que nosotros no entendemos esta profecía y con una exégesis literal del texto y con la comparación del mismo con otros del Antiguo Testamento, en los que se utilizan los mismos términos, llega a la conclusión de que el vaticinio sobre la concepción y el nacimiento virginal se cumplió en María.

B) *La virginidad en el alumbramiento del Señor*. No se extiende tanto como cuando explica la concepción virginal. Tiene, sin embargo, afirmaciones firmes y razones concluyentes.

Una razón por la que la virginidad en el parto queda asentada es la autoridad de Isaías (7,14), aducida ya en el punto anterior. El profeta habla de la virgen que concibe y que da a luz; en las dos funciones es virgen. Y el Santo vindica para María el sentido profético del oráculo.

A esta razón de autoridad divina, o de revelación, añade otra que es tradicional y que seguramente había leído en la *Suma Teológica* de Santo Tomás: el cumplimiento del cuarto precepto del decálogo (cf. Ex 20,12): Cristo, por privilegio especial, concedió a su madre que diera a luz sin

dolor, contra el curso normal de la naturaleza. El Eclesiástico dice [7,29 Vg]: "Honra a tu padre y no olvides el llanto de tu madre". Y Cristo guardó perfectísimamente la ley de honrar a los padres⁴⁶.

Además de honrar el Señor a su madre, porque estaba en su mano poder hacer que cuando le daba a luz quedara intacta su virginidad, la honró dignificándola. Así lo indica el Santo con la más arriba señalada metáfora del rayo de sol y del cristal cromado. Éste es atravesado sin que lo quiebre ni lo mancille y además lo embellece, porque hace que los colores que tiene recobren vida. En esta metáfora, el cristal cromado es María y el rayo es Cristo, quien al nacer no sólo no rompió la virginidad de la madre, sino que le dio una nueva dignidad. Naciendo la dejó intacta y la santificó.

3.4. Las virtudes de la Virgen María⁴⁷

La ejemplaridad de María como modelo de virtud sale muchas veces en los sermones vicentinos. El tema de una o de otra aflora con facilidad en las aplicaciones prácticas (*moraliter*) que hace a sus oyentes. Por otra parte, teniendo en cuenta su devoción mariana y su tendencia a hacer que la Señora aparezca en el sermón, no es extraño que se vean unidos en su exposición los temas de alguna virtud y el de María. Veamos algunos ejemplos.

A) *La fe de María*. María tuvo desde la Encarnación conocimiento y fe en el misterio del hombre-Dios. El misterio se dio a conocer después a otros -San José, Santa Isabel)-, pero quien lo conoció desde el primer momento fue sólo la Virgen. Durante algún tiempo fue un secreto guardado entre el Ángel de la Anunciación y ella⁴⁸. El alcance de esta fe era grande: alcanzaba al misterio del hombre-Dios, porque el que de ella iba a nacer era el Verbo encarnado; y a la Redención, porque salvaría a su pueblo de sus pecados. Y, en consecuencia, desde el primer momento también tuvo fe en el de su maternidad divina.

Además, María fue la única que conservó la fe en el tiempo de la Pasión, cuando más difícil se hizo conservarla y más facilidad se encontró para perderla⁴⁹. Cuando lo veía perseguido, maltratado, condenado y muerto al que era hijo suyo; cuando veía al hijo abandonado por los que debían serle fieles, ella conservó intacta su fe; ella sola. En aquellos momentos seguía creyendo que era Dios y que volvería a vivir resucitando por su propia virtud.

También fue ella sola la que conservó la fe mientras el hijo muerto permanecía en el sepulcro. Y el hijo resucitado se le apareció antes que a nadie por varios motivos, entre ellos porque quería premiar esta fe⁵⁰. Hay otro detalle, aprovechado también por el Santo, para ver que sólo ella conservaba la fe en aquellos momentos: no fue a ungir con las otras mujeres, porque en ella permanecía la fe cierta y verdadera⁵¹.

Y como creyó desde el principio en la divinidad del Hijo y en la Resurrección que debería suceder al tercer día durante la Pasión, creyó también en la venida del Espíritu Santo durante la espera de los diez días en el Cenáculo, a pesar de la intranquilidad y de la desesperanza de los discípulos. Para Vicente Ferrer la noche de Pentecostés levantaba el ánimo y encendía la fe y la esperanza en los discípulos, que iban ya perdiendo las dos cosas. Su fe en la venida del Santificador no se debilitó⁵².

B) *La esperanza de María*. En el sermón *In festo Expectationis partus B. Virginis Mariae*, señala que en esta solemnidad llena de gracias y devoción a la Virgen María muchas personas se preguntan por qué se celebra esta solemnidad de la Virgen María. Señala que dará tres razones, basándose en que esta solemnidad es denominada con tres nombres: en mi tierra Expectación de la Virgen María, en otras Santa María de la Esperanza y en la villa toledana de Yllescas Santa María de la O⁵³.

No interesa ahora tanto la evidente espera por el parto, sino por qué es llamada Santa María de la Esperanza. Dice que es porque nunca Dios quita la gracia que dio a alguien a no ser por el pecado, la culpa y un fallo de él; antes bien la aumenta, la completa por su parte y la perfecciona hasta el fin... Y, porque las obras de Dios son perfectas, tenemos esperanza en Dios porque hasta la salvación nos mantendrá en su gracia... por eso la Virgen María, sabiendo que recibió una gran gracia porque había concebido al Hijo de Dios sin el acto y el semen del hombre, como la avellana concibe el fruto, tenía esperanza en que Dios la terminaría ya que daría a luz y sin el dolor y la miseria de las demás mujeres. Y sobre esta esperanza fue profetizado lo que se contiene en Miqueas

(cf. 7,7). La gracia la tuvo al concebir. Y al salir de la alcoba tuvo el complemento de la gracia. Y esto fue en el momento del nacimiento⁵⁴.

C) *El amor de María*. Sólo dos apuntes. El primero sobre el amor a Dios, que era su Hijo. Habla de las apariciones del Resucitado, ya se ha indicado que aunque el Evangelio nada dice sobre la aparición a la Virgen, tiene como seguro que se le apareció antes que a nadie, pues es cierto que no ha habido madre que haya amado a su hijo como María amó a Cristo. Y como éste aseguró que quien le ama será amado por el Padre y él mismo le amará y se le manifestará (cf. Jn 14,21), síguese de aquí que se le debió manifestar⁵⁵.

El segundo se refiere al amor que tenía a los hombres: porque María nos quiere, intervino con el Hijo en la Redención; y porque nos quiere, interviene también con El ahora en la distribución del tesoro redentor.

D) *Las virtudes de la convivencia en María*. Espigando entre las virtudes morales y de convivencia a continuación se presentan estos botones de muestra:

María era humilde: a María nos la presenta el Cantar de los Cantares con la cabeza humilde cuando dice: qué hermosa eres, amiga mía; tus ojos son como los de la paloma (cf. 4,1). No dice como los del halcón, que mira para acá y para allá⁵⁶.

María tenía preocupación de vivir y actuar de suerte que vieran en ella un buen ejemplo los demás. Habla de las visitas de la Virgen al Templo con el niño y dice que la Virgen iba al Templo con el niño. Unas veces hacía calor, otras frío y otras viento. Iba cuando caía agua y cuando caía nieve. Si le hubieran preguntado: ¿dónde vas con este tiempo?, habría contestado que al Templo. Y si le hubieran replicado: ¿acaso no eres tú el Templo del Señor?, habría dicho ella: hago esto para que cuando lo sepan los cristianos no dejen de ir a la iglesia a pesar de las inclemencias del tiempo⁵⁷.

María tenía todas las virtudes de una mujer perfecta, evidentemente según la mentalidad de aquel tiempo. San José, como buen esposo, observaba atentamente a su mujer y San Vicente pone estas palabras en su boca: "No veo en ella ningún defecto. Al revés, encuentro que tiene todas los signos de una buena mujer"⁵⁸. Y en este mismo sermón hace un elenco de las virtudes que el Santo Patriarca veía en María, hasta el punto que nunca había visto una mujer tan santa y devota como la suya, que siempre deseaba orar, leer y contemplar. Era callada y buena⁵⁹, aseada y compuesta⁶⁰, morigerada en el comer⁶¹, trabajadora⁶², respetuosa con su marido⁶³. Todas estas virtudes se daban cita en una joven de hermosura física extraordinaria⁶⁴.

Su comportamiento con los Apóstoles cuando convivió con ellos fue ejemplar. San Vicente indica que hacen falta varias disposiciones para recibir el Espíritu Santo. La cuarta es la que él llama "audientia doctrinalis", referida a oír bien la palabra divina. A este propósito describe bellamente lo que debe ser la predicación y la eficacia que tiene cuando es buena. La predicadora en este caso fue María. El Señor había dicho a los Apóstoles que les mandaría el Espíritu, pero no dijo cuándo. Estuvieron nueve días esperando y llegaron al décimo un tanto desorientados y desesperanzados. Por la noche se dirigieron a la Virgen pidiéndole ayuda. Ella estaba rezando su oficio nocturno y no se atrevían a llamar a la puerta. Decididos, por fin le expusieron sus cuitas. Y la Virgen, con un método que parece copia del diálogo entre el Señor y los discípulos de Emaús, les fue abriendo las Escrituras y haciéndoles ver cómo, por cómputos y antecedentes bíblicos, tenía que alargarse la espera del Espíritu hasta el día décimo, que estaba ya llegando. Antes, pues, les dispuso la Virgen con la "audientia doctrinalis". En este caso hizo el papel de maestra y predicadora.

Tras la predicación vino la oración, que inmediatamente fue atendida y los Apóstoles dijeron a la Virgen María: "Virgen bendita, ruega tu con nosotros, porque tu Hijo te oírás enseguida". La Virgen se arrodilló y oró diciendo: "Envía tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra. Serán creadas las virtudes infusas, las gracias, los dones y las perfecciones. Renovarás la faz de la tierra por la predicación de tus Apóstoles y de tus discípulos". Una vez oró así la Virgen, se oyó un gran ruido a manera de trueno que no asustaba sino que alegraba. Fue la respuesta a la voz de María. Inmediatamente bajó del cielo a manera de un viento vehemente y la casa se llenó de ruido y de fuego⁶⁵.

3.5. La glorificación de María ⁶⁶

Han llegado hasta nosotros por lo menos cuatro sermones para la fiesta de la Asunción. La triple verdad teológica del misterio de la glorificación de María -muerte, resurrección y asunción gloriosa a los cielos- está bastante explícita en ellos.

1) Muerte de la Virgen

El hecho de la muerte de María, ornado de pintorescos detalles, lo describe en muchas ocasiones. María supo el día de su muerte. Si otros santos tuvieron conocimiento de ello, necesariamente (*a fortiori*) la Virgen María. Es una razón del dominico San Alberto Magno, aducida por Vicente Ferrer. Y este tránsito se le anunció tres días antes⁶⁷.

Y es que la muerte es como un río. Todo nuestro vivir no es sino un caminar hacia el mar de la muerte. Morimos por decreto divino, de modo que nadie entra en el Paraíso sin pasar antes por la muerte. De esta ley general no fueron exceptuados ni Cristo ni la Virgen María⁶⁸.

Juan, el discípulo encargado de cuidar a la Madre de Jesús, explica a los Apóstoles reunidos milagrosamente en la casa de la Virgen, que la razón de su presencia allí era la muerte de María⁶⁹. Y llegado el momento, Cristo desciende personalmente con un cortejo inmenso de ángeles y santos a recoger el alma de su Madre⁷⁰. Sin embargo, Cristo por privilegio especial, concedió a su madre que "no sintiera dolor en su muerte"⁷¹.

Por otra parte, el Santo brinda estas diversas razones y exigencias de la muerte de María:

a) *Por los principios de la naturaleza*: Adán y Eva no hubieran muerto, ni tampoco sus hijos, por un privilegio especial de Dios, integrante de la justicia original. Pero por el pecado perdieron la justicia original y el don que les hacía inmortales; lo perdieron para sí y para sus hijos. Recuperada la gracia santificante, no se recupera con ella el privilegio de la inmortalidad. Por tanto, el ser humano es mortal, entregado a los principios de su propia naturaleza⁷².

b) *Por el pecado de Adán*: por él la Humanidad incurrió en dos males, subsanados por Cristo en sus dos venidas: los males del alma, aparte la pérdida de la gracia, fueron la ignorancia y la debilidad; los del cuerpo, el trabajo, la fatiga, miserias, tribulaciones, etc., y, finalmente, la muerte. Los males del alma los ha reparado Cristo con su primera venida y con la institución de los sacramentos; pero no ha reparado los del cuerpo. Cuando venga al Juicio Final, en su segunda venida, reparará los males del cuerpo⁷³.

Ahora bien, si esta condición es propia de la humanidad descendiente de Adán, y la Virgen desciende de Adán por vía normal, síguese que la Virgen debía morir por la misma razón que mueren todos los demás. No consta que tuviera el privilegio que hacía inmortales a aquellos primeros padres. Sin este privilegio, perdido por ellos, es ley inexorable la muerte para todos los mortales⁷⁴.

c) *Por su asociación al dolor en la Cruz*

Habla San Vicente de la sepultura del cuerpo de la Virgen, afirmando que estuvo tres días en el sepulcro como el cuerpo de su Hijo⁷⁵. Esta asociación paralela entre la Madre y el Hijo deriva de la Cruz. Pues -como se ha visto en capítulos anteriores- Cristo, sabiendo que se acercaba la Pasión, no quería declarárselo a su Madre. La Virgen invitó a Jesús y a los Apóstoles a un banquete que tendría lugar el Viernes Santo en su casa y que ella misma prepararía. Era el día grande de la Pascua y, además, la fecha aniversario de la Encarnación. Cristo le reveló entonces el banquete de la Pasión y la comida del dolor⁷⁶.

La razón de esta asociación al dolor de la Cruz es la misma que la de Eva a Adán. Porque por el pecado de Adán no sólo el varón sufrió los males, sino también Eva. No sólo Adán sufrió la muerte, sino también Eva. Del mismo modo, en la reparación, que debía efectuarse mediante la muerte del Redentor, no sólo Cristo sufrió los dolores y la muerte, sino también la Santísima Virgen María, su Madre. Es lo que San Vicente llama "compasión social"⁷⁷.

La Virgen dolorosa al pie de la Cruz no murió físicamente por un milagro de la omnipotencia divina. Hubiera muerto allí, al pie de la Cruz, cuando la sangre del Hijo bañaba su cabeza, pero la omnipotencia divina mantuvo milagrosamente su vida.

2) Resurrección de la Virgen

San Vicente saca la conclusión de que si murió y vive gloriosa en cuerpo y alma es que su cuerpo fue resucitado⁷⁸. Sin determinar el tiempo que estuvo muerta, sienta el hecho de la resurrección de su cuerpo: primero murió y después Cristo la resucitó⁷⁹.

3) *Traslado glorioso al Cielo de la Virgen*⁸⁰

Dice el Santo⁸¹ que la Virgen María fue llevada al Paraíso en brazos de su Hijo y vive en la glorificación corporal de los Santos. Pero la gloria del Paraíso no tendrá su plenitud integral en cuerpo y alma hasta el día del Juicio. Las almas tienen glorificación perfecta, pero no los cuerpos, excepto la Virgen María y Cristo, que tienen esta plenitud de gloria, pues en cuerpo y alma están en el Paraíso.

Sin embargo a diferencia de las dos afirmaciones teológicas que se han presentado en los párrafos anteriores, no abunda tanto en explicitar las razones de este traslado glorioso al Cielo. Pero son fácilmente deducibles de los principios que establece al hablar de las razones de su muerte. Y así, afirma de modo categórico que la principal razón de la resurrección y glorificación reside en su asociación a Cristo, pues así como el cuerpo de Jesucristo estuvo muerto tres días, así también el cuerpo de la Virgen María; pero al tercer día resucitó y tiene gloria en el cuerpo y en el alma⁸². Así como la carne del Hijo era gloriosa, así también convenía que la carne de María fuera gloriosa. Cuando los Apóstoles la vieron así resucitada y gloriosa, no podían mirarla, por la luz que de ella irradiaba⁸³.

Por otra parte, en un sermón enseña que en el Juicio Final estará sentada junto a su Hijo y que éste le preguntará acerca de los que están a la derecha y a la izquierda, respondiéndole de acuerdo a si hicieron o no mucho por El y por ella y vivieron o no en el mundo según sus mandamientos⁸⁴.

3.6. Las relaciones de la Virgen María con los redimidos⁸⁵

Las afirmaciones del Santo son tajantes: María hizo nuestra reconciliación, María nos salvó, María fue causa de nuestra vida. No pone limitaciones, ni distingos, ni cortapisas.

a) *María entrega a los hombres a Cristo Redentor*. María interviene en nuestro favor por el hecho de haber traído para nosotros al mundo a Cristo redentor. María sabía, porque se lo había dicho el Ángel, que el Verbo quería encarnarse en sus entrañas para salvar al hombre de sus pecados. Y a este anuncio dio el asentimiento. No es, pues, sólo la madre del hombre-Dios. Es la madre del hombre-Dios-redentor. El libro en el que se escribió la palabra del Padre, y que es más grande que el cielo y la tierra, como dice San Vicente, fueron las entrañas de María, cuando consintió al Ángel, diciendo: he aquí la esclava del Señor (Lc 1,38). Entonces asumió la humanidad para salvarnos y no para condenarnos. Por eso dice San Lucas (cf. 19,10) que el Hijo de Dios no vino a perder las almas, sino a salvarlas⁸⁶.

b) *María actúa por los hombres con Cristo Redentor*. Después de darnos al hombre-Dios-redentor, unió sus actos propios a los actos redentores del Hijo e hizo ella también el sacrificio del que todos nos íbamos a beneficiar. La afirmación vicentina es bien clara: la Virgen María estuvo en medio entre Dios y los hombres haciendo la reconciliación... Si la primera mujer fue causa de nuestra muerte, la segunda fue causa de nuestra vida. La primera nos condenó; la segunda nos salvó⁸⁷. Afirmaciones basadas en la razón definitiva de la prerrogativa mariana de ser la segunda Eva.

¿Cómo fue esa participación de María en nuestra reconciliación? ¿cómo fue causa de nuestra vida? También es tajante el Santo en esto: no fue Cristo sólo quien sufrió los dolores de la Pasión, también la Virgen María, su madre. Y la razón es porque en el pecado de Adán el mal no sólo estuvo en él, sino también en Eva⁸⁸. Otra vez la razón de ser la segunda Eva. Luego, en el mismo sermón, después de exponer minuciosamente los dolores de la Señora, dice que en consecuencia, ella tuvo la máxima compasión con Cristo⁸⁹, que podríamos expresar como que padeció con Cristo la máxima Pasión.

c) *María distribuye las gracias a los hombres*. Dice el valenciano explicando la escena de las bodas de Caná que en este Evangelio se pone de manifiesto la misericordia maternal de la Virgen. Ya sabéis hasta qué punto las madres son buenas con los hijos. Y, aunque los hijos no pidan lo que necesitan, la buena madre lo da. Así hace la Virgen con sus hijos devotos, sobre quienes está siempre

con los ojos abiertos, y en el momento que necesitan algo se lo da también. Por esto la Iglesia dice de ella que es madre de gracia y madre de misericordia para los pecadores⁹⁰.

Más adelante, en el mismo sermón, insiste en esta misma idea: la misericordia maternal de la Virgen aparece porque no se lee que nadie le pidió interceder ante el Hijo para que resolviera la situación haciendo el milagro de convertir el agua en vino. Le bastaba tener el corazón piadoso y dulce, cosa muy beneficiosa para nosotros. Y si esto hace sin pedirselo, ¡cuánto más acudirá a nuestras necesidades si la invocamos piadosamente y vendrá a nosotros y a nuestras casas si la saludamos diciendo el *Ave María*! Termina el pasaje señalando que por eso dice la Iglesia de ella: muéstrate siempre Madre. Reciba siempre tu petición quien, siendo Hijo tuyo, nació por nosotros⁹¹.

Recuérdese además lo ya indicado sobre la manera de comportarse con los Apóstoles cuando vivía con ellos, que puede servir de catálogo de cómo se porta con nosotros hoy desde el Cielo porque somos sus hijos. Y más, si somos hijos necesitados.

d) *Vienen por ella las gracias sacramentales*. San Mateo (4,11) termina el relato del ayuno y de la tentación en el desierto con estas palabras: "y llegaron los ángeles y le servían". Comentándolas el Santo hace otra de sus clásicas "escapadas marianas".

Y así señala que lo que más necesitaba allí el Señor era comer y los ángeles le sirvieron la comida. Algunos santos contemplativos aseguran que fueron estos a comunicar a la Virgen la lucha y la victoria del Hijo, de quien no sabía dónde estaba ni qué le había sucedido. Estaba preparando su comida, que era caldo, espinacas y quizá también sardinas. La entregó a los ángeles para que se la llevaran, con el encargo de que si sobraba algo se lo llevaran a ella para comer ella también. Los ángeles la llevaron al Señor y le servían. Esto sucede con nosotros. Ahora, en Cuaresma, estamos en lucha con el diablo. Si vencemos en esta lucha la gula, la vanagloria y la avaricia, vendrán el día de Pascua los ángeles, que son los sacerdotes, y nos servirán la comida preparada materialmente por la Virgen María y por el Espíritu Santo en la cocina de sus entrañas virginales, el cuerpo de Cristo. Conforme a lo que se lee en el Apocalipsis: Al que venciere le daré un manjar escondido, que nadie conoce más que el que lo recibe⁹².

4. *Santa María de la O*

En su recorrido apostólico por tierras de Castilla en 1411, predicó en toledana Yllescas -como ya he mencionado- en la fiesta de la Expectación del parto de la Santísima Virgen María, que se celebraba el 18 de diciembre en pleno tiempo de Adviento.

Al comienzo del sermón, indica que para lograr la "buena enseñanza y reforma de los cristianos e iluminación de los judíos y sarracenos, recurramos a la misma Virgen". Como se va a tener oportunidad de observar, esa "iluminación de los judíos" aparecerá, aunque quizá las expresiones puedan parecer un poco duras desde nuestra sensibilidad actual.

Ya se ha señalado más arriba que en su comienzo afirma que en esta solemnidad llena de gracias y devoción a la Virgen María, muchas personas se preguntan por qué se hace esta solemnidad de la Virgen. Y que daba tres razones partiendo de que esta solemnidad era denominada con tres nombres y en concreto en esta ciudad *Santa María de la O*. Veamos lo que señala sobre esta última⁹³.

Utilizará las antífonas *O* (por la letra con la que comienzan en la versión latina), o antífonas mayores. Son antífonas empleadas en la Liturgia de los últimos días del Adviento en varias tradiciones cristianas. Cada una representa uno de los títulos del Mesías; pero también, cada una se refiere a la profecía de Isaías sobre la venida del Mesías (cf. 11,2-3; 11,4-5; 11,10; 22,22; 9,1-2; 9,5; 7,14) y que se cumplió en Jesucristo, el hijo de la Virgen María, la cual -según Vicente Ferrer- lo llamaba para que viniese prontamente con estas antífonas, expresión de su función de intercesora.

Así señala que el gramático afirma que la letra *O* sirve para llamar: "¡Oh, tal!", "¡oh, fulano!",... La Virgen María llamó a Dios más que a cualquier otro santo o profeta para que viniese a este mundo, y siempre lo llamó con la palabra "¡oh!" Y, como son siete las miserias de este mundo, así lo llamaba con siete "¡oh!" para que viniese a librarnos de ellas: el primero empieza "¡Oh sabiduría!", el segundo "¡Oh Adonai!", el tercero "¡Oh raíz de Jesús!" etc.

La primera miseria es la insensatez, como es por ejemplo recibir como herencia una aldea dejada por la madre y dejar un reino recibido del padre. La madre es la Sinagoga, que alimentaba al pueblo judío y les dejó como herencia una aldea, esto es la tierra, porque la Ley de Moisés no promete otra cosa. Y abandonó la herencia, esto es el Reino de los Cielos que dejó Dios Padre por la palabra de su Hijo Jesucristo, como se dice en Lucas (12,32): "No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el Reino". Y así sucede al pueblo judío porque no quieren recibir como herencia el Reino de los Cielos, dejado por Dios Padre, y reciben la aldea, esto es la tierra, dejada por la Sinagoga. Y por esta miseria de la insensatez, la Virgen María llamaba a Dios diciendo: "Oh, Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín y ordenándolo todo con firmeza y suavidad: ven y muéstranos el camino de la salvación".

La segunda miseria es el cautiverio y ello por el pecado de Adán y Eva, pues todo el género humano por su pecado se hizo cautivo del Diablo, porque todos descendemos de ellos y somos hijos de siervos y por tanto siervos. En efecto, si un señor tiene un siervo y una sierva, todos lo que nazcan de ellos serán siervos del señor. Y así todos nosotros éramos esclavos, como hijos de Adán y Eva, y siervos del Demonio por el pecado, como se dice en Juan (8,34): "Todo el que comete pecado es siervo del pecado". Y por eso contra esta miseria la Virgen María llamaba a Dios diciendo: "Oh Adonai, Pastor de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente y en el Sinaí le diste tu ley: ven a libramos con el poder de tu brazo". Esto es, para que nos redimiese de la cautividad del Diablo, pues todos éramos sus esclavos.

La tercera miseria es la dureza de corazón que tienen los judíos, pues fueron redimidos como los cristianos porque Cristo pagó el precio igualmente por todos. Y por eso, si se dice a los judíos que salgan de la infidelidad porque fue pagado el precio por ellos, dicen con el corazón endurecido: "No queremos, sino que queremos permanecer en la cautividad en la que murieron nuestros padres". Y contra esta miseria decía la Virgen María llamándolo: "Oh Renuedo del tronco de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos; ante quien los reyes enmudecen y cuyo auxilio imploran las naciones: ven a libramos, no tardes más". Y dice "para libramos", esto es, de la dureza de corazón.

La cuarta miseria es la violencia. Y en ella estaban los santos padres, esto es, Abel, Adán y Eva y los santos profetas, pues por la fuerza estaban en el Limbo de los Padres aunque fuesen santos. Y contra esta miseria la Virgen María llamaba a Dios con otro "¡Oh!": "Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel; que abres y nadie puede cerrar; cierras y nadie puede abrir: ven y libra a los cautivos que viven en tinieblas y en sombra de muerte". Y dice "libra a los cautivos", esto es, del Limbo, en el que no tenían la luz de la Gloria.

La quinta miseria es la culpa y el pecado, que es la gran miseria del alma. Y en ella están los pecadores. Y por eso la Virgen María pedía a Dios que los iluminase y les diese contrición y firme propósito de enmienda, para que no estuviesen bajo la potestad del Demonio, de la que habían sido liberados por la sangre de Cristo. Y decía: "Oh Oriente, Resplandor de la luz eterna, Sol de justicia: ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte".

La sexta miseria es el exilio. En ella están las almas de los hombres y otras santas almas dentro del cuerpo, pues están exiliadas del Paraíso terrestre en este mundo y, sobre todo, si como los santos padres descienden al Limbo de los Padres. Y contra esta miseria, conociéndola la Virgen María, llamaba a Dios: "Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos, Piedra angular de la Iglesia, que haces de dos pueblos uno solo: ven y salva al hombre, que formaste del barro de la tierra". Y dice "sálvalo", esto es, de tal exilio.

La séptima miseria es la muerte y en ella están los cuerpos porque todos tenemos que morir corporalmente. Y por eso la Virgen María, sabiendo que los cuerpos permanecían por la muerte en este mundo aunque las almas estuviesen ya en la Gloria, llamaba a Dios para que de igual forma los cuerpos tuviesen la Gloria: "Oh Emmanuel, rey y legislador nuestro, esperanza de las naciones y salvador de los pueblos: ven a salvarnos, Señor Dios nuestro".

Puede parecer que es una visión un poco negativa del ser humano al partir de su situación de miseria moral, pero no hay que olvidar que siempre aparece la Virgen María y Cristo como los que nos brindan la superación de dicho estado.

Concluyendo. Para su época, la novedad mariológica que aporta el Santo valenciano es que radica toda la eficiencia de María para con nosotros, al menos en su fundamento próximo, en la asociación a la Pasión y Muerte de su Hijo Jesucristo. Además, es un teólogo seguro que intenta y consigue dar a los fieles los misterios razonados, aplicados y hechos norma de vida cristiana de un personaje tan cercano a la sensibilidad religiosa hacia María de aquel tiempo como era la Virgen María. En esto consiste su novedad y actualidad, no tanto en la originalidad -que no la tuvo- de sus afirmaciones mariológicas.

¹ Cf. M. Caldentey, "La Asunción de la Virgen en los escritores catalanes de la Edad. Media", *Estudios Marianos* VI (1947) 438-440; M. García Miralles, "El misterio de la Asunción en San Vicente Ferrer (En el VI Centenario del nacimiento de San Vicente)", *Revista Española de Teología* (1951) 65-79; M. García Miralles, "La Orden de Predicadores en su aportación española al triunfo de la Inmaculada", *La Ciencia Tomista* n° 252-253 (1956) 570-574; también *Estudios Marianos* 16 (1955) 137-146; V. Forcada Comins, "Principios mariológicos de San Vicente Ferrer", *La Ciencia Tomista* 83 (1956) 29-63; también en *Estudios Marianos* 17 (1956) 453-476; M. García Miralles, "María en la Sagrada Escritura, según los escritores dominicos: San Vicente Ferrer (1350-1419)", *Estudios Marianos* 24 (1963) 89-100; E. Sauras, "La Santísima Virgen en los Sermones de San Vicente Ferrer", *Teología Espiritual* 16 (1972) 43-69; D.J. Viera, "Miracles of Mary in the Catalan Sermons of Vincent Ferrer", *Annals of the Archive of «Ferran Valls i Taberners Library»* IX-X (1991) 173-180; también en *Homenaje a Jordi Rubio i Balaguer y Frances Martorel l i Treball en la oportunitat històrica de su nacimiento* (Barcelona, 1991, 173-180).

² Estaba en la iglesia de San Pietro Martire, de Nápoles, y es un óleo sobre tabla, de 69,4 por 48 cm., que se conserva en el *Museo Nazionale di Capodimonte*, de la mencionada ciudad.

³ J. Teixidor, *Vida*, 100-101.

⁴ J. Teixidor, *Vida*, 103.

⁵ Cf. M. García Miralles, "María en la Sagrada Escritura, según los escritores dominicos: San Vicente Ferrer (1350-1419)", *Estudios Marianos*, 24 (1963) 89-100, que brinda unas breves transcripciones de sermones comentando textos bíblicos que San Vicente relaciona con la Virgen.

⁶ Cf. V. Forcada Comins, "Principios", 456-461.

⁷ Cf. *In festo Sanctorum Apostolorum Philippi et Iacobi*, sermo 1, OO, III, 245.

⁸ Cf. *In festo Nativitatis Beatissimae Virginis Mariae*, sermo 1, OO, III, 425.

⁹ Cf. *In festo Nativitatis Beatissimae*, sermo 1, OO III, 425.

¹⁰ Cf. *In festo Conceptionis Beatissimae Virginis Mariae*, OO, III, 24.

¹¹ Cf. *In festo Conceptionis*, OO III, 24.

¹² Cf. *In festo Conceptionis*, OO III, 24.

¹³ Cf. *In festo Conceptionis*, OO III, 21-22.

¹⁴ Cf. *Dominica in Quinquagesima*, sermo 2, OO I-1, 384.

¹⁵ *In festo Assumptionis Beatissimae Virginis Mariae*, sermo 2, OO III, 399.

¹⁶ A principios del siglo XX aún se conservaba en Vannes un Rosario que según la tradición había sido dejado por San Vicente (cf. V. Serra i Boldú, *Llibre d'Or del Rosari a Catalunya*. Barcelona 1925, 19 n. 2). En Cataluña hubo unos gozos muy devotos de N. Sra. Rosario, atribuidos a San Vicente Ferrer, muy populares, con imitaciones y glosas (cf. V. Serra i Boldú, *Llibre d'Or*, 184-188).

¹⁷ Cf. R. Chabás, *Estudio*, 58.

¹⁸ Citado por R. Chabás, "Estudio", 59.

¹⁹ Cf. E. Sauras, "La Santísima", 48-51.

²⁰ Cf. *Feria VI in Paschae*, sermo 1, OO, II-1, 58. En otro señala que en esta solemnidad llena de gracias de la Virgen María, para que las palabras divinas sobre ella sean para alabanza, honor y gloria de Dios principalmente, así como para buena enseñanza y reforma de los cristianos e iluminación de judíos y sarracenos, recurre a la misma Virgen diciendo *Ave María* (cf. *In festo Expectationis partus B. Virginis Mariae*, OO, III, 36).

²¹ Cf. *Feria V in Paschae*, sermo 1, OO, II-1, 48.

²² Cf. E. Sauras, "La Santísima", 49.

²³ Cf. *In festo Incarnationis Filii Dei*, OO, III, 215.

²⁴ En la recopilación de los sermones vicentinos de fines del XVII, al final de algunos tomos (cf. OO, I-2^a; II-1^a; II-2^a; III) hay un Índice de "rerum et verborum notabilium", ver la voz: "Beata Virgo Maria".

²⁵ Con exactitud se titula "*In festo Incarnationis Filii Dei*" (OO III, 213-219), desarrollando que en ella se manifiesta: "divinalis benignitas; humanalis utilitas; virginalis humilitas" y si bien tiene un evidente sentido cristológico, a la Virgen María se refiere en varias ocasiones.

²⁶ En este sermón habla de: la Purificación de la Virgen, de la Presentación de Jesucristo y de San Simeón (cf. *In festo Purificationis Beatissimae Virginis Mariae*, OO III, 152-161).

²⁷ Cf. E. Sauras, "La Santísima", 51-57.

²⁸ Cf. *Feria II in Paschae*, sermo 1, OO, II-1, 23-25.

²⁹ Cf. E. Sauras, "La Santísima", 53-54.

³⁰ Cf. *In Vigilia Nativitatis Domini*, OO, I-1, 179-187.

³¹ Cf. *Sabbato post Dominicam III Quadragesimae*, OO, I-2, 607.

³² "En las anteriores se veía a María ejerciendo la función activa de dar al Verbo la naturaleza humana, bien porque cubría al peregrino (al Verbo) con la esclavina (con su carne), bien porque daba al rayo de luz el color que ella tiene (su carne también), bien porque hacía germinar el fruto de esa tierra que era ella misma. Aquí, en cambio, en esta metáfora del libro o de la página, su función sólo aparece pasiva. Es el Padre quien escribe. Ella recibe la escritura. El Padre manda o envía al verbo, y ella lo recibe. Es cierto que el Padre no envía al Verbo hecho ya carne; y que quien se la da es María. Pero esto no queda reflejado en la metáfora utilizada aquí, como se reflejaba en las tres metáforas anteriores" (E. Sauras, "La Santísima", 56-57).

³³ Cf. *In festo Expectationis*, OO, III, 37.

³⁴ Cf. *In festo Expectationis*, OO, III, 37-38. También señala que aquí tenemos una buena enseñanza y un secreto moral porque Cristo quiso nacer en el décimo mes y no en el noveno, dando a entender que toda nuestra vida y salvación descansan en los diez mandamientos; y los va recordando (38 n. 5). Ahora bien, ¿por qué no recibió del décimo mes más que seis días?: por las seis obras de misericordia que se hacen en vida, porque sepultar a los muertos se hace en la muerte; y los va señalando (38 n. 6).

³⁵ Cf. H.D. Fages, *Histoire*, 2, XCI-XCIII; M. García Miralles, "El misterio", 65-79; V. Forcada Comins, "Principios", 453-476, muy desarrollado desde el punto de vista teológico.

³⁶ Cf. *In festo Conceptionis*, sermón 138, CC, 516-518; *In festo Conceptionis*, OO, III, 25-27.

³⁷ Cf. *In festo Nativitatis Beatissime*, OO, III, 424-425; y *Dominica XXI post Pentecostes*, sermo 3, OO II-2, 455.

³⁸ Sobre Santo Tomás de Aquino y la Inmaculada Concepción: E.R. González, "Fe implícita y controversias escolásticas en torno a la Inmaculada", *Miscellanea Comillas*, XXIII (1955) 224-229; Forcada en su trabajo citado, señala que la postura del valenciano es un poco diferente de la de Santo Tomás.

³⁹ Después fue trasladado a París, en cuya ciudad tuvo como principio una tristemente famosa intervención pública en la que impugnó por todos los medios a su alcance la Inmaculada Concepción de la Virgen. Tan infausto suceso costó a sus hermanos de hábito la expulsión de la Universidad. Monzó no se rindió. Pasó a Sicilia, al bando del Papa Urbano VI, lejos de los anatemas que pudieran sobrevenirle del Papa de Aviñón, al que podía coaccionar la Universidad de París.

⁴⁰ En Valencia se dieron algunos momentos de intenso fragor en la rivalidad entre "maculistas" e "inmaculistas". Y así por ejemplo una expresión de ello fue el acuerdo en 1624 del *Consell de la Ciutat* de jurar defender la Inmaculada Concepción (cf. E. Callado Estela, *Sin pecado concebida. Valencia y la Inmaculada en el siglo XVII*. Valencia 2012). Pero habrá que esperar al 8 de diciembre de 1854 para que el Papa Pío IX en la bula *Ineffabilis Deus* lo defina como dogma y por tanto deje de ser una mera opinión teológica.

⁴¹ Cf. E. Sauras, "La Santísima", 63-66.

⁴² Cf. *In Vigilia Nativitatis Domini*, OO, I-1, 180.

⁴³ Cf. *In Vigilia Nativitatis Domini*, OO I-1, 180. Se casaron cuando ella tenía catorce años (cf. *In festo Nativitatis Beatissimae*, sermo 2, OO, III, 436).

⁴⁴ También afirma que San José, que era santo, justo y bueno, recurrió a la oración y pidió a Dios que le aclarara el asunto, teniendo en cuenta lo que más tarde escribiría Santiago: Si alguno de vosotros necesita conocimiento pídale a Dios y se lo dará en abundancia [St 1,5]. Así lo hizo diciéndole: Señor, me hiciste una gracia muy grande al darme esta doncella por esposa, y veo ahora que está encinta. ¿Qué ha sucedido a esta santa mujer? Y lo repetía, y lloraba mucho. El Señor oyó tan devotas oraciones. Dice el evangelio [Mt 1,20] que se le apareció en sueños un ángel y le dijo: José, hijo de David, no temas. Lo que hay en ella es obra del Espíritu Santo... Pensad la alegría que tendría el Patriarca cuando conoció así toda la verdad. Se alegró mucho de ser el esposo de la madre de Dios y daba muchas gracias al Señor (cf. *In Vigilia Nativitatis Domini*, OO, I-1, 184). Si bien el valenciano no tiene ningún sermón específicamente sobre San José, tiene textos referidos a sus desposorios, el nacimiento de Jesús y la huída a Egipto, los únicos acontecimientos según los Evangelios canónicos en los que San José es mencionado y en ellos resalta sobre todo sus virtudes: su castidad y pureza, su humildad, su amor a la pobreza, su veneración hacia su esposa la Virgen María y su absoluto respeto y entrega a la voluntad de Dios.

⁴⁵ Cf. *In Vigilia Nativitatis Domini*, OO, I-1, 186.

⁴⁶ Cf. *In die Sancto Paschae*, sermo 2, OO, II-1, 19; cf. ST III a.28 q. 2.

⁴⁷ Cf. E. Sauras, "La Santísima", 66-69.

⁴⁸ Como el rocío penetra secretamente en el vellón, así el Hijo de Dios bajó secretamente en el momento del anuncio; y nadie conoció el secreto más que el ángel y María (cf. *In Vigilia Nativitatis Domini*, sermo 4, OO, I-1, 180).

⁴⁹ Cuando la Virgen Madre gustó en su corazón aquel amargo dolor no olvidó su fe católica. Ella sola fue quien conservó la fe en la resurrección del Hijo (cf. *Feria VI in Parasceve*, OO, I-2, 769).

⁵⁰ Es cierto, y aparece con bastante claridad en el texto del Evangelio, que en el tiempo de la Pasión de Cristo perdieron totalmente la fe cristiana los Apóstoles y los discípulos. Todos pensaban de él que era un profeta santísimo, pero dudaban si era Dios y si era el Mesías. En aquel sábado sólo la Virgen María creyó sin dudar lo más mínimo. Por eso se hizo merecedora de que los sábados le dedicara la Iglesia su oficio (cf. *In die Sancto Paschae*, sermo 2, OO, II-1, 19); la dedicación de María los sábados lo reiterará en el sermón de la *Feria VI in Parasceve* (cf. OO, I-2, 775).

- ⁵¹ Entre las mujeres estaban María Magdalena y la otra María. Se preocupaban con diligencia y con afecto de cómo, pasado el sábado, podrían entrar reverentemente con el unguento preparado para ungir al Señor. Con lo que queda bien de manifiesto que dudaban de la fe, pues no creían que había resucitado. Pero la Virgen no fue a ungir con las otras mujeres, porque en ella permanecía la fe cierta y verdadera (cf. *Feria VI in Parasceve*, OO, I-2, 775).
- ⁵² Cf. *In die Sancto Pentecostes*, sermo 1, OO II-I, 290-291.
- ⁵³ Cf. *In festo Expectationis*, OO, III, 37.41. Al final de este capítulo se ofrece su presentación de Santa María de la O.
- ⁵⁴ Cf. *In festo Expectationis*, OO, III, 39.
- ⁵⁵ Cf. *In die Sancto Paschae*, sermo 2, OO, II-1, 20.
- ⁵⁶ Cf. *Dominica Prima post Octavas Paschae*, sermo 1, OO, II-1, 125. De su humildad habla también en: *In festo Incarnationis*, OO, III, 218; *In festo Purificationis*, OO, III, 155-156.
- ⁵⁷ Cf. *Dominica infra Octavas Epiphaniae*, sermo 5, OO, I-1, 286-287.
- ⁵⁸ Cf. *In Vigilia Nativitatis*, OO, I-1, 181.
- ⁵⁹ También señaló que a la Virgen la han pintado con ojos grandes y boca pequeña, como si se quisiera indicar que tenía grande el ojo del corazón para contemplar y la boca pequeña para hablar (cf. *In Vigilia Nativitatis*, OO, I-1, 182).
- ⁶⁰ Nunca salía de casa más que cuando iba al Templo; y entonces iba bien modesta, siempre con la vista baja con gesto de santidad (cf. *In Vigilia Nativitatis*, OO, I-1, 182).
- ⁶¹ Comía sólo lo necesario para sostener el cuerpo y con frecuencia ayunaba y guardaba abstinencia (cf. *In Vigilia Nativitatis*, OO, I-1, 182).
- ⁶² Nunca estaba ociosa, y siempre ocupada en cosas santas (cf. *In Vigilia Nativitatis*, OO, I-1, 183).
- ⁶³ Aunque era joven, hermosa y noble, y su esposo viejo y pobre, le honraba más que ninguna mujer a su marido. Y San José siempre vio en ella un modelo de todas las virtudes (cf. *In Vigilia Nativitatis*, OO, I-1, 183).
- ⁶⁴ La de María era como la de Rebeca, de la que dice el Génesis que era una doncella muy compuesta, hermosísima y virgen, porque no había conocido varón. María era muy hermosa y bella, pero su hermosura era distinta de la de las otras mujeres, porque no movía a tentación, sino a devoción (cf. *In Octava Epiphaniae*, sermo 4, OO, I-1, 318).
- ⁶⁵ Cf. *In die Sancto Pentecostes*, sermo 1, OO II-I, 290-291.
- ⁶⁶ Cf. M. Caldentey, "La Asunción", 438-440; M. García Millares, "La Orden", 137-146; V. Forcada Comins, "Principios", 29-63.
- ⁶⁷ Cf. *In festo Assumptionis Beatissimae Virginis Mariae*, sermo 1, OO, III, 390.
- ⁶⁸ Cf. *Sabbato post Ascensionem*, OO, II-1, 237; *Dominica Decima Tertia post Pentecostes*, sermo 1, OO, II-2, 251 n. 4.
- ⁶⁹ Cf. *In festo Assumptionis Beatissimae Virginis Mariae*, sermo 2, OO, III, 402.
- ⁷⁰ Cf. *In festo Assumptionis Beatissimae Virginis Mariae*, sermo 1, OO, III, 392.
- ⁷¹ Cf. *In die Sancto Paschae*, sermo 2, OO II-1, 19.
- ⁷² Cf. *Dominica Decima Tertia post Pentecostes*, sermo 1, OO, II-2, 252.
- ⁷³ Cf. *Feria Sexta post Ascensionem*, OO, II-1, 231.
- ⁷⁴ Cf. *Dominica Decima Tertia post Pentecostes*, sermo 1, OO, II-2, 252.
- ⁷⁵ Cf. *In die Assumptionis Beate Marie*, sermó 69, *Sermons*, III, 116.
- ⁷⁶ Cf. *Feria VI in Parasceve*, OO, I-2, 758.
- ⁷⁷ Cf. *Feria VI in Parasceve*, OO, I-2, 767.
- ⁷⁸ Cf. *In festo Assumptionis Beate Marie*, sermo 2, OO, III, 403.
- ⁷⁹ Cf. *In festo Assumptionis Beate Marie*, sermo 2, OO, III, 403; *In festo Assumptionis Beate Marie*, sermo 1, OO, III, 394.
- ⁸⁰ El dogma de la Asunción se proclamaría en 1950.
- ⁸¹ *In die Assumptionis Beate Marie*, sermó 69, *Sermons*, 115.116.
- ⁸² *In die Assumptionis Beate Marie*, sermó 69, *Sermons*, 117.
- ⁸³ *In die Assumptionis Beate Marie*, sermó 69, *Sermons*, 120.
- ⁸⁴ Cf. *Dominica I Adventus Domini*, sermo 8, OO, I-1, 43.44; afirmando que es falso y erróneo afirmar que la Virgen estaba orando, porque entonces estaba sentada.
- ⁸⁵ Cf. E. Sauras, "La Santísima", 57-63.
- ⁸⁶ Cf. E. Sauras, "La Santísima", 59.
- ⁸⁷ Cf. *In die Sancto Paschae*, sermo 1, OO, II-1, 9. El Ángel las envió diciéndoles [Mt 28,7]: "Id y anunciad a los discípulos..." Sobre lo cual hay que notar que la primera mujer medió entre la serpiente y el hombre, acarreado con ello la perdición. La segunda, la Virgen María, media entre Dios y el hombre, haciendo nuestra reconciliación. Y éstas -entre ellas María Magdalena- mediaron entre el ángel y los Apóstoles anunciándoles nuestra salud y nuestra salvación. El hombre ya no se puede quejar de la mujer, porque, si la primera fue causa de condenación, la segunda le salvó y la tercera le anunció. Si la primera fue causa de nuestra muerte, la segunda fue causa de nuestra vida y la tercera anunciadora de nuestra salvación (cf. *In die Sancto Paschae*, sermo 1, OO, II-1, 9).
- ⁸⁸ Cf. *Feria VI in Parasceve*, OO, I-2, 767.
- ⁸⁹ Cf. *Feria VI in Parasceve*, OO, I-2, 769.
- ⁹⁰ Cf. *Dominica post Oct. Epiph.*, sermo 4, OO, I-1, 315.
- ⁹¹ Cf. *Dominica post Oct. Epiph.*, sermo 4, OO-I, 317-318.
- ⁹² Cf. *Dominica I Quadrag.*, en OO, I-2, 423.

⁹³ Cf. *In festo Expectationis beate Marie*, sermón 148, CC, 570-571.